

BASICS 12

El inspirador mensaje de Jesús de Nazaret... by PB (2ª PARTE)

Más notas de PB sobre Jesús y su mensaje

Jesús el Nazareno y Gautama el Buda... y otros personajes y tradiciones de la historia

Jesús y la religión institucional

Jesús y el desarrollo del cristianismo

Juan el Bautista, el precursor de Jesús

Más notas de PB sobre Jesús y su mensaje

No hay ningún indicio en las palabras de Jesús de que quisiera que los seres humanos se organizaran en una religión, establecieran una jerarquía o crearan una liturgia. ¿Acaso él mismo no se oponía a la versión hebrea de todas estas cosas? ¿No sufrió a causa de su tiranía y, al final, murió a manos de ella? ¿Por qué iba a querer crear una nueva institución que, inevitablemente, acabaría de la misma manera?

En ninguna parte del Nuevo Testamento Jesús pide a sus seguidores que entren en una iglesia; pero sí les pide, de forma implícita, que entren dentro de sí mismos.

Jesús dijo que el camino hacia la vida eterna es recto y angosto. Podría haber añadido que también es largo y difícil. Sin embargo, el principiante no debe dejarse desanimar por estas cosas. Hay ayuda tanto dentro como fuera.

En la práctica de la meditación, el estudio metafísico y la conducta correcta se encuentra el camino trino que nos aporta satisfacción, paz, sabiduría y verdadera prosperidad. Jesús nos enseñó todo esto hace mucho tiempo, pero, por desgracia, su mensaje ha sido en gran medida malinterpretado, distorsionado e incluso falsificado. Sin embargo, también nos enseñó que todos somos hijos de Dios. Cuidar de sus hijos es tarea del Padre. A pesar de la tragedia y del horror de nuestros tiempos, aquellos que tienen ojos para ver todavía pueden ver los brazos divinos que nos envuelven. A pesar de la existencia de las monstruosidades del mundo, también existe la presencia del Yo Superior —hermosa, radiante, benigna e indestructible—.

Jesús intentó que sus seguidores dejaran de centrarse en lo material para centrarse en el Espíritu, en el cuerpo para centrarse en el Yo Superior, pero, al igual que Mahoma, Buda y Krishna, fracasó. Les dijo que no llamaran «Maestro» a nadie, ni siquiera a él mismo «Rabino». Pero la historia demuestra hasta qué punto desobedecieron sus instrucciones.

Jesús mostró a los seres humanos lo que debían hacer, pues, aunque a menudo se retiraba para estar en comunión con Dios, siempre regresaba para vivir con sus semejantes.

Jesús no era ningún ministro eclesiástico, y sin embargo sus enseñanzas han perdurado a lo largo de muchos siglos. No era más que un laico, y sin embargo infundió en más personas un sentimiento de reverencia hacia la fuerza superior que miles de clérigos juntos.

Es una curiosa paradoja —que pocos de sus intérpretes parecen haber señalado— que, aunque Jesús declarara que su Reino no era de este mundo, dedicara tanto tiempo y esfuerzo a curar enfermedades y dolencias que, sin duda, sí son de este mundo. Resulta difícil resolver esta contradicción. Si Jesús despreciaba el cuerpo, como a menudo se supone que hacía, ¿por qué se molestaba entonces en curarlo?

Por muy nobles que sean las virtudes que el ego cultiva, siguen siendo elegidas y desarrolladas por el propio ego, siguen siendo egocéntricas, lo que puede ayudar a interpretar la afirmación de Jesús de que toda nuestra justicia es como trapos de inmundicia ante Dios.

No puede haber una Segunda Venida de Cristo —la Consciencia—, pues esta nunca se fue. Sí puede haber un regreso de Jesús —el ser humano que encarna y refleja esa Consciencia—, pues la persona puede nacer y renacer según el designio de Dios.

Jesús instaba con pasión a cada ser humano a vivir a la altura de sus posibilidades superiores. El ser humano que vive por debajo de su mejor nivel no está desempeñando su verdadera función en la vida. Esta actitud de Jesús contrastaba directamente con el fatalismo generalizado de los orientales.

Cuando se haya pronunciado la última palabra del último argumento en contra de la puesta en práctica de los principios, se comprobará que todos los obstáculos se encuentran dentro de nosotros y no fuera. En el corazón humano hay montañas de egoísmo, ignorancia e inercia, pero —como señaló Jesús— la fe puede eliminarlas.

Cuando Jesús dijo a sus oyentes adultos que tenían que volverse como niños para poder entrar en el reino, hizo lo que seguramente les debió de parecer una afirmación sorprendente. ¿Qué quería decir? ¿Cómo debemos interpretar y aplicar sus palabras? Hay dos ideas que vale la pena destacar aquí. En primer lugar, un niño disfruta viviendo. En segundo lugar, un niño piensa, siente y actúa de forma espontánea. Ambos factores se combinan en su percepción directa de la vida, sin las trabas de las dudas ni los obstáculos impuestos desde fuera, y sin el filtro de los sesgos u opiniones impuestas desde dentro.

Es una de las singulares paradojas de la vida que un ser humano como Jesús, que encarnaba la bondad esencial, que no habría querido infligir el más mínimo daño a ninguna criatura, que vino aquí entre los seres humanos para ser apreciado, incluso venerado, con el fin de que estos pudieran recibir el beneficio de la corriente de vida espiritual que haría renacer un mundo meramente materialista, se encontrara con tanta insensibilidad. Muchos no vieron en él nada superior, sino que lo denigraron, lo atacaron, lo vilipendieron y buscaron su muerte.

No hace falta forzar nuestra razón para aceptar aquellas partes del Nuevo Testamento que parecen poco creíbles. Si atribuimos a algunas de ellas un significado alegórico —como si procedieran de la mitología de un culto místico— y rechazamos las demás por considerarlas resultado de una manipulación deliberada del texto, es decir, interpolaciones evidentes, podremos justificar aún más nuestra fe en las partes creíbles. Pues en ellas se entrelaza la narrativa histórica genuina de la vida real del hombre Jesús. El resultado es una composición mixta, en la que la Anunciación y la Crucifixión no deben tomarse al pie de la letra, pero sí la predicación de Jesús y el apostolado de sus discípulos. Hay que separar al Jesús biográfico del Cristo simbólico, pues el primero es una figura terrenal y el segundo, un concepto místico.

Piensa en lo vanidosos y engreídos que son estos mortales cuando afirman que nada menos que el Poder Infinito Único —el Absoluto mismo— se encarnó deliberadamente como ser humano para ayudarlos. Sin duda, si tuviera tal intención, actuaría más de acuerdo con sus propias leyes de desarrollo progresivo y enviaría aquí a otro mortal, pero uno más avanzado. Un ser humano así podría encontrarse en un planeta más avanzado. Y eso es lo que ocurrió. Jesús vino aquí desde un planeta superior. No había necesidad de que Dios interviniera directamente.

Existen varios supuestos retratos de Jesús, algunos transmitidos por la tradición y otros realizados en nuestra época mediante métodos psíquicos. No coinciden entre sí. Pero esta contradicción se resuelve cuando comprendemos que cada uno es fruto de la propia idea del artista. Se trata de concepciones imaginativas.

A lo largo de mis estudios, me han mostrado tres retratos de Jesús que parecían infinitamente más auténticos que aquellos excesivamente sentimentales y totalmente irreales que el mundo occidental, engañándose a sí mismo, se toma tan en serio. Sin embargo, los tres eran lo suficientemente diferentes entre sí como para que cada uno presentara un aspecto distinto de su personalidad. El primero era un dibujo realizado apresuradamente por Jacques Romans, un amigo clarividente que falleció cuando tenía casi 100 años. No sé qué fue de este retrato. El segundo era un óleo de otro clarividente, Boyin Ra, que su viuda me mostró en su casa de Suiza. El tercero es un fresco de la Sala de Asambleas donde se reúnen los canónigos en el Capítulo del Monasterio de San Marcos, en Florencia, obra del monje dominico y visionario Fra Angelico. En el dibujo, el aspecto que se mostraba era el de un ser humano en comunión absorta con su Padre. En el lienzo se veía a un ser humano que se enfrentaba al mundo, plenamente poseído por la fuerza del Espíritu. En el fresco es el Cristo de la Crucifixión, extraordinariamente triste —por la raza humana—. Así, el primero simbolizaba la Oración en profundidad; el segundo, el Poder divino; y el tercero, la misteriosa melancolía, la Piedad. Sin embargo, todos ellos representaban a un ser humano real, no a uno imaginario.

Tanto en la antigua Roma como en la Europa moderna, tanto en Ática como en América, ha habido —y sigue habiendo— humanistas que rechazan la religión como tal, pero reconocen su utilidad a la hora de frenar las tendencias más bajas del carácter humano. Cuando no tienen ocasión de denigrar a Jesús, se burlan de su mensaje espiritual. Pueden aceptarlo como un buen hombre, como un maestro de la ética, pero no su revelación de que Dios existe y de que el ser humano puede entrar en comunión con Él.

Jesús llegó incluso a tachar de hipócritas a aquellos que, aunque aparentaban ser fieles en el cumplimiento de las prácticas religiosas, en secreto pecaban en sus pensamientos.

Santiago, el hermano de Jesús y apóstol, era vegetariano. Pero los teólogos e historiadores ignoran este hecho que fue confirmado por el hebreo judeocristiano Hegesipo, que vivió en el siglo siguiente y tuvo contacto con los círculos palestinos de la época apostólica. Además, Hegesipo afirma que Santiago había sido criado de esta manera desde la infancia. ¿Implica esto que el círculo familiar era vegetariano?

La única forma en que cada persona puede encontrar a Jesús hoy en día es buscarlo en su propio corazón mediante la oración y el estudio constantes, junto con la aplicación fiel de sus enseñanzas en todos los aspectos de la vida cotidiana.

La noble vida de Jesús inspira a los seres humanos sensibles como pocas vidas lo han hecho. Las palabras bondadosas de Jesús les proporcionan materia para una sincera reflexión ética durante la tranquilidad del atardecer. Los terribles sufrimientos de Jesús han enseñado a sus semejantes más débiles a soportar sus propias desgracias con fortaleza, valor y dignidad. Los verdaderos seguidores de Jesús han gastado grandes sumas y han proporcionado gran cantidad de alimentos, ropa, alojamiento y educación a través de diversas y loables iniciativas benéficas.

Un artículo inédito sobre la historia y la solución del problema judío, escrito por PB, expone el significado espiritual de la misión del pueblo judío para la humanidad, sus oportunidades y fracasos en el pasado, las razones por las que fueron perseguidos y la gran oportunidad que se les presentará para poner fin a toda su trágica historia y entrar en una nueva etapa feliz, siempre y cuando sigan los consejos que se les han dado. Si hubieran aceptado a Jesús hace dos mil años como un profeta de su propio linaje, se habrían ahorrado mucho sufrimiento. Ahora resulta irónico que ni siquiera las llamadas naciones cristianas sigan a Jesús. Es demasiado tarde (y ya no es oportuno) para que los judíos acepten a Jesús. ¿Hacia dónde deben mirar, entonces? En este artículo se expone el problema y se intenta ofrecer una solución. Esta es la única que tendría éxito, así como la única solución ordenada por Dios. [N. del E.: Hasta la fecha, no se ha localizado este artículo.]

Jesús, hoy en día, no te pediría que te basaras únicamente en la fe, pues ahora podemos comprender cosas que en su época estaban más allá de su comprensión. La gente de su tiempo no tenía la comprensión que esta era eléctrica nos ha proporcionado. Es a través de la comprensión científica de la naturaleza como se abrirán las puertas a la Luz y nos proporcionarán una mayor consciencia del Ser Único que hay en nuestro interior.

Si quieres saber cómo encontrar el Yo Superior, Jesús te ha dado la respuesta con toda claridad. Busca, llama y pide; reza a ello y por ello, no solo una vez, sino innumerables veces si es necesario, y siempre con todo tu corazón, con amor, con anhelo y con reverencia.

La vida, la historia, la experiencia... todas nos transmiten el mismo mensaje claro. El templo de Salomón, que en su día fue una pirámide en su vasta extensión, ha sido derribado hasta los cimientos, y sus miles de fieles han desaparecido con él.

¿Qué, entonces, cómo y dónde debemos rendir culto? Busquemos el Poder eterno que trasciende los siglos; no pronunciemos palabra alguna, sino que sumerjámonos en el silencio, pues aquí la voz de los pensamientos del pequeño ego es un insulto. Vayamos adonde Jesús nos aconsejó: a lo más profundo del corazón. Porque llevamos la verdad dentro de nosotros mismos —aunque muy pocos lo saben— y mantenemos el vínculo más estrecho con ese Poder en la propia Consciencia.

La persona que fervientemente cree que Cristo tiene el poder de perdonar sus pecados no está equivocada. Pero, lo erróneo es su interpretación acerca de quién la perdona. El Cristo que puede hacer esto por ella debe ser un poder viviente, no un personaje histórico muerto. Y este poder se encuentra en su propio Yo Crístico, es decir, el Yo Superior.

Cuando Jesús llamó a sus oyentes al arrepentimiento, no quiso decir que debían abandonar su estado actual de pecado y regresar a un estado anterior supuestamente virtuoso. Quiso decir que deberían dejar lo viejo por completo y avanzar hacia algo completamente nuevo.

El filósofo se da cuenta de que los sufrimientos externos de los demás son mayores que los suyos, mientras que su comprensión interior de esos sufrimientos es menor. Está dispuesto y preparado para perturbar su propia felicidad con la miseria ajena, y lo hará no por condescendencia, sino por compasión. San Pablo, siguiendo al maestro a quien nunca había conocido en carne y hueso, pero al que conocía tan bien en espíritu, situó todas las demás virtudes por debajo de la compasión. ¿Están los pocos que intentan ser verdaderos cristianos, al menos en este punto, perdiendo el tiempo por completo? Porque eso es lo que dicen los yoguis que querrían abolir todo esfuerzo en el servicio y concentrarse únicamente en la autorrealización. Sin embargo, ni Jesús ni Pablo eran meros sentimentalistas. Conocían el poder de la compasión para disolver el ego. La compasión formaba parte, por tanto, de su código moral. También conocían otra razón por la cual el discípulo debía practicar una conducta altruista y adoptar actitudes nobles. Gracias a esto, se puede influir en una manifestación de karma negativo para que esta sea más breve, o incluso contribuir para evitar que se produzca otra expresión del karma, que de lo contrario sería inevitable.

El filósofo, más que cualquier otro ser humano, es una criatura cosmopolita. Él desprecia los violentos nacionalismos que crean caos en el mundo. Es consciente de la verdad en el mensaje de Jesús de buena voluntad hacia todos los seres humanos.

No fue el cadáver de Jesús, coronado de espinas, el que resucitó, sino el propio ser humano; no su cuerpo efímero, sino su consciencia inmortal. Y es que el mentalismo nos enseña que una forma mental puede ser percibida por los demás de manera tan vívida y objetiva que fácilmente puede confundirse con una forma física.

No es fácil demostrar que las emociones violentas —es decir, unas ideas demasiado fuertes— de una madre embarazada puedan influir en la forma de su hijo aún no nacido. Sin embargo, resulta mucho más fácil demostrar la aparición de estigmas en el cuerpo físico en los casos históricos de monjas inmersas en una contemplación empática de la crucifixión de Jesús. Una vez que comprendemos algo del secreto de la mente concentrada, comprendemos algo del secreto de la magia.

No podemos entrar en el Vacío si llevamos con nosotros cualquier tipo de posesión —ya sea material o intelectual, emocional o social—. Sin duda, esto es lo que Jesús quiso decir cuando afirmó que el ser humano rico no podía entrar en el reino de los cielos. No es la libreta bancaria lo que impide la entrada a nadie, sino más bien el corazón, incapaz de desapegarse de ella.

La comprensión de la Verdad es constante y perenne. No basta con tener un vislumbre de ella; hay que nacer en ella, en palabras de Jesús, una y otra vez, y percibirla de forma permanente. Hay que identificarse con ella.

Quienes sean capaces de comprender el misterio de aquello que los teólogos (no los filósofos) denominan la Encarnación, comprenderán también que la crucifixión de Jesús no duró apenas seis horas. Duró treinta y tres años completos. Sus sufrimientos fueron principalmente mentales, no físicos. No fueron causados por los clavos clavados en su carne al final de su vida, sino por los pensamientos malignos y las emociones materialistas que invadían su mente desde su entorno a lo largo de toda su vida.

Así como Jesús era, en realidad, más grande que los rabinos cuya autoridad cuestionable dominaba al pueblo de Israel, también cualquier ser humano de hoy que refleje en toda su pureza la luz del Yo Superior, sin que sus opiniones personales la ensombrezcan, es, en realidad, más grande que los dignatarios de la Iglesia y el Estado, imponentemente ataviados con sus suntuosas vestimentas.

Lo que Jesús llamó «el único Dios verdadero» es la realidad última sin forma, no los pensamientos sobre ella ni las imágenes que la imaginación humana crea de ella. Es un objeto de la comprensión intuitiva, no de los sentidos ni del pensamiento.

Fue su consciencia de estar unido a esa Vida preexistente y eterna, así como siempre existente, lo que permitió a Jesús proclamar: «En verdad, en verdad os digo: Antes de que existiera Abraham, Yo soy». «Yo soy el que soy» fue la revelación de Dios al maestro hebreo Moisés. «El que soy» fue la revelación de Dios al maestro hindú anónimo de los Upanishads.

Antes de que surgiera el ego personal, el Ser ya existía. «Antes de que existiera Abraham, Yo soy» —anunció Jesús—. ¡Antes que los pensamientos, el Pensamiento! En su atemporalidad, la Mente es el Uno sin Segundo; «en su manifestación temporal, es todas las cosas».

«Antes de Abraham fue ¡Yo soy!» Estas palabras son una expresión del mentalismo más elevado. Observemos cuidadosamente que Jesús no dijo «Yo era». Esto significa que él, como Mente no personal, no individualizada, existía antes del nacimiento de Abraham. «Yo soy» señala al Eterno Uno, donde ninguna entidad personal fue, es ni será nunca.

Yo era crítico con los sadhus de la India en ciertas cuestiones, sin importarme jamás quiénes fueran ellos. Las diferencias se airearon en varios periódicos indios de la época de forma bastante sensacionalista y con muchos malentendidos, incluso con malicia. Pero también los admiraba en otras cuestiones, algunas de las cuales encuentro presentes hoy en día entre esos jóvenes disidentes, pero de mentalidad religiosa. Se rebelan contra una sociedad materialista y se niegan a unirse a ella. Nos recuerdan que Jesús también fue un disidente. Intentan vivir esforzándose por mejorar, apoyándose mutuamente de forma cooperativa y no competitiva, sin ambiciones, sin ningún tipo de ataduras, con pocas posesiones, siendo sinceros y no fingiendo.

Jesús el Nazareno y Gautama el Buda... y otros personajes y tradiciones de la historia

Jesús y Buda transmitieron a sus discípulos más cercanos parte de su propia vitalidad espiritual.

La inutilidad de muchos monjes contrasta de manera llamativa con el valor y la actividad de los sabios. Así, el Buda trabajó sin descanso durante cincuenta años para eliminar la ignorancia espiritual de las mentes de los seres humanos, y la muerte lo sorprendió caminando incansablemente a pie, ya anciano, con más de ochenta años, tratando de llegar al siguiente lugar donde debía enseñar a los demás y, de ese modo, servirles de la mejor manera posible. No era un holgazán. Jesús, también, se movía incansable e incesantemente tratando de despertar los corazones de los seres humanos hacia su verdadera meta y otorgando a quienes se acercaban a él con fe la bendición de su gracia. La muerte lo sorprendió en

medio de tanta actividad que despertó la hostilidad de los religiosos profesionales, cuyos intereses estaban en peligro y quienes, para salvar sus propias arcas, condenaron a Jesús a la cruz.

Existe una línea de conexión que puede trazarse desde la figura del bondadoso Jesús hasta los horrores de la Inquisición.

Existe otra línea que puede trazarse desde la labor de científicos pioneros como Galileo y Bacon hasta la labor de científicos atómicos como Einstein y Oppenheimer. Si el evangelio de Jesús fue un mensaje de Dios, la ciencia fue un tipo diferente de revelación divina. Tanto las torturas de la Inquisición como los horrores de Hiroshima son pruebas de lo que los seres humanos han hecho con las cosas bellas que se les habían confiado. Corresponde a los propios seres humanos reparar sus fechorías y no esperar a que un Salvador lo haga por ellos. La responsabilidad es suya.

Fragmento de un artículo publicado en una revista checa sobre la literatura checa contemporánea: «Esos ideales que en su día transmitieron al mundo los profetas de la religión, encabezados por Jesús el Nazareno, son ahora aplicados en la práctica por los socialistas científicos, empezando por Karl Marx». Tal es el plausible autoengaño en el que han caído tantos intelectuales. Esta cita pone de manifiesto una grave falta de comprensión de la religión, de los profetas y, sobre todo, de Jesús. La distancia entre el Nazareno y el autor del primer Manifiesto Comunista no es meramente horizontal, sino vertical. Ambos seres humanos se sitúan en niveles distintos, pertenecen a mundos diferentes.

Mientras nuestra actitud mental siga siendo la misma, no habrá solución posible. Respondemos al odio con odio, a la desconfianza con desconfianza, al miedo con miedo. Incluso el desarme nuclear solo aliviaría la crisis del mundo, pero no la acabaría; solo aplazaría la urgencia y la gravedad del problema, dejando la enemistad tal y como está. Entre los antiguos, el Buda indio, Lao Tzu chino y Jesús sirio ofrecieron su solución. Buda explicó el funcionamiento de una ley superior cuando señaló: «El odio no cesa con el odio, sino con el amor». Y el mundo occidental ha oído con suficiente frecuencia (aunque no lo pone en práctica) lo que Jesús enseñó sobre ello.

Siempre es un hecho cierto que actuar con buena voluntad hacia quienes le tratan con dureza redundará en beneficio de su propio desarrollo, mientras que siempre existe la posibilidad de que esta actitud disipe el resentimiento que se le profesa. Todo son ventajas y ninguna desventaja. Este es uno de los argumentos a favor del consejo de Jesús de devolver bien por mal.

Lo que Jesús enseñó hace dos mil años, y lo que Buda enseñó casi quinientos años antes que él, sigue siendo cierto —incluso más cierto, si cabe, pues cuenta con las pruebas que aporta toda la historia de ese tiempo—: el odio no puede acabar si uno lo devuelve; nada lo disipará salvo una buena voluntad generosa y paciente.

En el libro *La Realidad Interior* (titulado en la edición americana: *Descúbrete a ti mismo*), he utilizado las palabras de Jesús como meros puntos de referencia sobre los que basar mi propia enseñanza. Esto sigue el ejemplo de los antiguos fundadores de religiones. De este modo, ha ayudado a miles de cristianos —a quienes, de otro modo, quizá mis palabras no habrían llegado— a alcanzar un concepto más elevado de la Verdad. Por lo tanto, en realidad no importa si Jesús fue un filósofo en toda regla o solo un simple místico.

Buda y Jesús predicaban deliberadamente a las masas analfabetas. Esta es una de las razones por las que Gautama recurría a repeticiones tan a menudo y por las que Jesús utilizaba frecuentemente parábolas sencillas.

Las personas honestas y humildes admiran y respetan la superioridad moral, pero a los demás les provoca hostilidad, pues, ya sea con conciencia o sin ella, reconocen que pone de manifiesto sus propias deficiencias. Jesús expulsó a los mercaderes del templo, pero los rabinos los volvieron a meter y pusieron a Jesús en la cruz.

Sócrates intentó despertar a los griegos; Jesús intentó despertar a los israelitas. Su fracaso trajo consigo consecuencias para sus pueblos que pueden rastrearse a lo largo de la historia. Si la fuerza superior se toma la molestia de enviar un mensajero, es mejor temblar, escuchar y obedecer, que burlarse, rechazar y sufrir.

Pitágoras, apóstol amable y compasivo de la dieta sin sangre, asesinado por la turba de Crotona, tuvo que morir por atreverse a mostrar un ideal superior, al igual que Sócrates murió por avergonzar a sus jurados con su nivel ético inferior. Platón se vio obligado al exilio durante más de veinte años por atreverse a enseñar la verdad. Por encima de todo, fue Jesús, condenado a muerte por intentar mostrar a los seres humanos un reino que no es de este mundo, el reino de los cielos. Así podría ampliarse la lista de los portadores de luz: los que fueron privados de la vida, los que fueron perseguidos pero a los que se dejó vivir, y los que escaparon a pesar de la oposición. ¡Qué bajo es el nivel del que aún tienen que elevarse los seres humanos medio animales!

Las sucesivas apariciones de falsos profetas, autoproclamados mesías y cristos mediáticos que han ido y venido desde el siglo pasado (XIX) no ha servido más que para aumentar el desconcierto y la incertidumbre de la época. La confusión surgió simplemente porque quienes buscaban un profeta espiritual intentaron encontrarlo en forma humana, y además de manera prematura. El verdadero salvador se encontraba entonces, y sigue encontrándose, únicamente en el santuario

interior del propio corazón de cada ser humano. Cristo —el verdadero Salvador esotérico— no es, desde la muerte del Jesús terrenal, ningún ser humano, sino el yo divino que hay en cada ser humano.

La compasión por el sufrimiento humano que mostró Jesús y la empatía con la búsqueda humana que mostró Buda no son rasgos muy destacados en los yoguis. Jesús y Buda intentaron salvar a los seres humanos; los yoguis intentan esconderse de ellos.

El capítulo sobre Jesús en *La Realidad Interior* (en su edición americana *Descúbrete a ti mismo*) explica que Él tuvo que pasar por las dificultades propias del proceso de maduración espiritual, al igual que todos los seres iluminados que deseaban servir. Cuando este deseo de servir no existe (como en el caso de los místicos de más alto nivel, como Ramana Maharshi), la iluminación suele llegar de forma plena y repentina; pero, en ese caso, es meramente mística.

La profunda y cálida belleza de las palabras de Jesús contrasta de forma llamativa con el carácter frío e impersonal de las de Buda.

Si Jesús y Gautama nunca existieron, debieron de haber existido otros seres humanos con la misma profundidad de pensamiento para haber expresado tales ideas y transmitido tales inspiraciones. Si las tradiciones que se refieren a ellos son escasas, inciertas y están mezcladas con fábulas, esto no tiene por qué mermar la creencia en su existencia real por parte de cualquier persona con una mente imparcial. Y sea cual sea su opinión sobre las Iglesias que afirman representarlos, sobre sus enseñanzas contradictorias y su historia tan humana, debería profesar sin reserva alguna su admiración y reverencia hacia este dúo de Luces, que proporcionaron a tres cuartas partes de la raza humana unos ideales tan necesarios.

Si Jesús hubiera podido conocer a Buda, las diferencias entre sus enseñanzas no habrían impedido que se reconocieran mutuamente con alegría tal y como eran cada uno.

Jesús llamó a los seres humanos a una vida más plena; Buda, al cese del deseo; Krishna, al control de los pensamientos y los sentimientos; Confucio, a un comportamiento correcto, cortés y moral; mientras que Lao Tzu les recordó con delicadeza su compromiso superior.

Jesús y Gautama no se dirigieron a la humanidad desde distintos niveles de existencia. Lo hicieron desde distintos niveles intelectuales. Su comprensión de la verdad era la misma. Porque solo hay una verdad. Pero solo podían transmitirla a los demás en función de la capacidad intelectual, el nivel y el bagaje de quienes la recibían.

Hombres y mujeres se tornaron iluminados tanto antes de Gautama como después de Jesús. Los seres humanos siguen iluminándose hoy en día así como lo harán en épocas futuras. Maestros inspirados vendrán y se irán, pero el Alma en cada ser humano es eterna.

Que un solo ser humano pueda pagar con su propio sufrimiento por las faltas de todos los seres humanos no solo es ilógico e injusto, sino también imposible. Sería afirmar que la culpa es transferible. Tal transferencia es moralmente incorrecta y kármicamente imposible. Esta es la respuesta tanto para aquellos en Occidente que proponen el principio del sufrimiento vicario de Jesús como el precio del perdón de Dios al ser humano, como para aquellos en la India que afirman que el sufrimiento sustitutivo de Ramana Maharshi y Ramakrishna es el resultado de quitar la carga del karma de los hombros de sus discípulos.

Existe una gran diferencia entre los estilos de dos seres humanos que tanto significaron para los aspirantes. Consideremos el estilo de las palabras de Jesús y comparémoslo con el de Gautama. El primero va directamente a la idea mediante una afirmación concisa, aunque poética, y luego la abandona casi de inmediato. El segundo busca persuadir, da vueltas y vueltas en torno a ella, y no la abandona hasta que su significado queda perfectamente claro, solo cuando su lógica resulta lo suficientemente aceptable. Es innegable que ambos conceden gran importancia al estilo.

¿Quién, al leer estas divinas proclamaciones de Jesús, estos análisis inexorablemente lógicos de Gautama, puede dejar de reconocer que se encuentra ante una sinceridad implacable y una verdad inquebrantable?

Jesús nunca escribió ni una sola palabra. Y, sin embargo, otros recopilaron sus palabras y las pusieron por escrito para nosotros. Lo mismo ocurre con Gautama Buda.

La multitud de hombres y mujeres está tan hipnotizada por el prestigio de una institución que nunca se detiene a cuestionar la veracidad de la misma. Por eso Jesús fue perseguido y Sócrates fue envenenado.

Cuando ya no buscamos solamente en la tradición que otros nos ofrecen, sino también y más profundamente dentro de nuestra propia consciencia, entonces estamos siguiendo el camino que señalaron Jesús, Buda y Lao Tzu: el camino que muestra cómo y dónde el Alma se revela a sí misma.

No cabe duda alguna de que Buda, al igual que Jesús, quería llegar a la multitud, excepción hecha de quienes tienen prejuicios. En primer lugar, hizo todo lo posible, incluso de formas extraordinarias y muy poco habituales, por repetir sus enseñanzas desde diferentes perspectivas, con el fin de hacer más claro su significado. En segundo lugar, recomendó a sus monjes que utilizaran los dialectos comunes de la gente sencilla cada vez que predicaran doctrinas que, por su propia naturaleza, eran complejas y sutiles y que, de todos modos, necesitaban ser simplificadas.

Jesús es la transcripción griega del nombre hebreo Jehoshua. «Christus» es la forma latina, «Khristos» la griega, y es un título que significa «ungido», al igual que «Buda», que significa «iluminado», es un título, y «Gautama» el nombre.

Si hay algo que pueda demostrarlo, es el estudio comparativo del misticismo religioso del mundo, que revelará que la verdad, la gracia y el espíritu no proceden únicamente del Jesús histórico o del Krishna histórico, ni del cristianismo histórico o del hinduismo histórico por sí solos. Solo pueden limitarse a una única tradición religiosa aquellos que se niegan a realizar este estudio o, al hacerlo, se niegan a dejar de lado sus sesgos y a despojarse de sus prejuicios. Hoy en día, todos aquellos que estudian de forma amplia y honesta saben con toda claridad que el mensaje de Dios ha estado aquí todo el tiempo, por muy deterioradas o imperfectas que puedan ser sus formas y por muy diferentes que puedan ser sus mensajeros.

Un estudio comparativo de este tipo puede aportar las pruebas necesarias para acabar con la intolerancia derivada de la ignorancia y combatir el odio religioso. Pondrá de manifiesto lo absurdo que resulta denunciar las herejías, cuando la mayoría de los fundadores fueron, al igual que Buda y Jesús, grandes herejes desde el punto de vista de las religiones predominantes. Demostrará la necesidad de una libertad de pensamiento razonable, de modo que personas de diferentes tipos puedan encontrar el camino, la meta y la forma que más les convenga. Siempre que sean moralmente buenos, benévolo y serviciales, hay cabida para la mayoría de los credos.

Buda consideraba que la oración era totalmente inútil. Jesús, por el contrario, animaba a sus seguidores a orar con frecuencia.

Tal es el milagro de la Gracia: que el peor de los pecadores que ha caído en la más baja de las profundidades pueda enseguida subir a las más elevadas alturas. Jesús, Buda y Krishna lo han dicho claramente.

A los insensatos y a los testarudos les resulta fácil y agradable criticar el atraso y la oscuridad de la Edad Media y de los períodos de la Antigüedad. Esa crítica les da la sensación de situarse en un plano totalmente superior, de poseer la verdad allí donde aquellos antepasados anteriores —y, por consiguiente, más desafortunados— caían en el error. Yo, personalmente, no adopto una actitud tan absurda. Critico el pasado sin negar que posea tesoros espirituales. El estudiante moderno debería respetar a los maestros y estudiar las enseñanzas de la Antigüedad. Honraré las vidas y atesoraré las palabras de Jesús y Buda, Krishna y Confucio, Mahoma, Platón y Plotino por igual. Pero no debe limitarse a uno solo de ellos ni encerrarse en ninguna corriente tradicional concreta. También debe elevarse del pasado al presente. Debe reservar su pensamiento principal, su tiempo y sus fuerzas para los maestros vivos y las enseñanzas contemporáneas.

Si la verdad es que no hay verdad, entonces aquellos que, como Jesús y Buda, afirmaban tener una comprensión intuitiva de lo trascendente eran unos necios que se engañaban a sí mismos.

Jesús no respondió cuando el odio y la maledicencia fueron lanzados contra él. Buda permaneció en silencio cuando el desprecio y los insultos fueron proferidos contra él. Estas grandes almas no vivían en el ego y, por eso, no se preocupaban por defenderlo.

Jesús y la religión institucional

¿Qué posibilidades tiene el educador espiritual individual de continuar con su labor cuando tanto la opinión pública como el Gobierno aceptan la falsa idea de que solo a través de grandes grupos organizados e instituciones tradicionales reconocidas se puede guiar correctamente a las personas? El resultado de esa tendencia solo puede ser el mismo que en el pasado: monopolio, religión dictatorial, poder tiránico centralizado, persecución de herejes y la muerte del individualismo, lo que significa la muerte de la verdad. Jesús, Buda y Spinoza fueron todos individualistas.

Aunque muchos hombres y mujeres hayan perdido interés por las futilidades de la religión institucional, no han perdido en absoluto el interés por las maravillosas palabras de aquellos grandes personajes cuya misión estas instituciones han pretendido representar. Honran sus benévolas enseñanzas más que la mayoría de las personas piadosas, pero detestan los credos pueriles y las acciones intolerantes que se perpetraron al amparo de esos nombres sagrados. Veneran y aman a aquellos maestros que aportan una ética superior al ser humano. Aunque no sienten ningún interés por las declaraciones dogmáticas de los clérigos mitrados y los sacerdotes profesionales, siempre elevan sus mentes en homenaje ante Jesús, Krishna, Buda y Mahoma. Si bien aprecian las misiones de estos hombres mesiánicos y perciben un significado más

profundo en sus sagradas y resplandecientes palabras, permanecen indiferentes ante la insensatez de los seguidores que toman en vano el nombre de estos Maestros y que se han alejado mucho de los preceptos éticos. Si los rebeldes han dejado atrás las prácticas públicas de la religión establecida, es porque consideran que han degenerado en palabrería sin sentido. «Arrepentíos y volved» es una máxima antigua, pero acertada. Una iglesia que se ha apartado del camino recto y estrecho de su maestro siempre puede volver si así lo desea. Un pontífice que mantiene a un millón de mentes en una esclavitud ignorante siempre puede liberarlas de nuevo. Un sacerdote que se ha enriquecido a costa de la confianza de numerosos peregrinos siempre puede dejar de ser un charlatán oficial y ayudarles a alcanzar una visión más elevada de Dios. Un clérigo que se subió al púlpito como profesión y no como vocación inspirada siempre puede dimitir. Pero estas decisiones exigen una inmensa sinceridad para tomarlas y un inmenso valor para llevarlas a cabo. ¿Por qué no debería una religión ir de fortalecimiento en fortalecimiento, en lugar de ir de debilidad en debilidad? ¿Por qué no debería merecer un éxito cada vez mayor? ¿No serán sus beneficios tangibles e intangibles mayores, más grandiosos y más duraderos si cumple su tarea de consolar emocionalmente y elevar moralmente a la humanidad? ¿No ha demostrado la historia que tales beneficios son inestables y fugaces cuando sus seguidores son explotados de forma innoble y sus mentes son esclavizadas a la fuerza?

Del mismo modo que los niños pequeños se ven más influidos por el mundo de los cinco sentidos que por las conclusiones de la razón, muchas personas cuya vida adulta sigue siendo en gran medida física —más que mental— se dejan llevar más por lo que ven, oyen y sienten que por la razón o la intuición. Estas personas están lejos de estar preparadas para la filosofía y nunca podrían aceptar sus enseñanzas. Carecen de discernimiento y se dejan llevar por las apariencias. Les impresionan los «signos», es decir, los milagros físicos, las curaciones y las demostraciones, como prueba del poder otorgado por Dios. Pocos de ellos estarían dispuestos a renunciar a sus vidas centradas en el ego y a adoptar el modo de vida que Jesús —a diferencia de su Iglesia— predicó realmente. Pero todos ellos pueden convertirse en excelentes seguidores de una religión de masas interiormente desvitalizada.

En la religión, los 'principios' metafísicos se simbolizan mediante personajes mitológicos. Así, Adi Buda, la Fuerza primigenia, se convierte en el primer Buda histórico, mientras que Christos, el Ser Superior, se convierte en el hombre Jesús. De este modo, lo universal se contrae hasta quedar confinado en lo local.

"Tanto Jesús como Buda trataron de eliminar los sacrificios sangrientos de la religión institucional que les rodeaba.

"

Si estudias la historia de la religión, descubrirás que los profetas de más alto nivel, como Buda, Krishna y Jesús, no plasmaron sus mensajes en libros. Todo autor de una revelación religiosa o inspiración mística pertenece a esferas inferiores a aquella en la que se situaban los grandes profetas. Su obra, en el mejor de los casos, es incompleta y, en ocasiones, imperfecta. Por lo tanto, no debemos buscar la perfección en ella. No obstante, es necesaria para ayudar a guiar a las personas en su camino hacia lo Eternamente Perfecto, y el mensaje llega a aquellos que aún no están preparados para la búsqueda final. Para comprender esta situación, debemos entender, ante todo, que la verdad está más allá de toda formulación intelectual. Un libro es producto del intelecto. La verdad, en su pureza, solo puede comunicarse en silencio y únicamente a la intuición despierta. De ahí que los grandes profetas sintieran que la pluma sería un instrumento limitador. Pero, ¿por qué utilizaron entonces el instrumento de la palabra, que también es una expresión mental? La respuesta radica, en parte, en que en casi todos los casos su discurso se dirigía a individuos, mientras que los libros no, y, en parte, en su capacidad para aportar cierta ayuda a la comprensión de la verdad a través del impacto de las auras. Las palabras pronunciadas se convirtieron meramente en un complemento de la ayuda interior e intuitiva.

Las personas que se imaginan que si participan en el ritual de un culto han cumplido con su deber religioso se autoengañan de forma peligrosa. Al atribuir un significado tan estrecho a una palabra tan noble, degradan la religión. Hemos progresado en la religión hasta el punto de que, mientras que el ser humano antiguo sacrificó al animal fuera de él sobre el altar de la adoración a Dios, el ser humano moderno comprende que tiene que sacrificar al animal en su interior. Las formas externas de la religión no son sus formas finales. Jesús instó a los fieles adorar «en espíritu y en verdad», es decir, interiormente. Las dos fases de la adoración, exterior e interior, no están en el mismo nivel; una es un desarrollo superior de la otra.

El ser humano que busque algo más amplio que la mezquindad de la mayoría de los credos religiosos, más noble que la mayoría de las éticas religiosas y más verdadero que la mayoría de las enseñanzas religiosas, tendrá que salir de todas las jaulas religiosas y mirar hacia donde Jesús le dijo que mirara: dentro de sí mismo.

Cuando Jesús dijo: «Llamad y se os abrirá», se refería a que llamemos a la puerta que hay dentro de nosotros mismos. Por mucho que llamemos a las puertas de organizaciones ajenas a nosotros, no obtendremos ese resultado.

La afirmación de que, en ciertos casos, la herejía puede ser la verdadera religión y la ortodoxia la falsa, puede parecer increíble para quienes carecen de las pruebas necesarias para demostrarla. Sin embargo, Buda, Jesús y Mahoma fueron,

en su época, herejes. ¿Cuántos otros han muerto en el anonimato, canonizados como santos o venerados como sabios únicamente en la mente y el recuerdo de un pequeño número de personas? ¿Y cuántos de ellos, de haber sido su misión declararse abiertamente, habrían sido rechazados, calumniados o perseguidos?

La religión fanática mató a Hipatia; la religión convencional linchó a Pitágoras; la religión respetable envenenó a Sócrates; y la religión que venera la autoridad crucificó a Jesús.

Es una tragedia de toda la historia que los nombres de seres humanos como Jesús, que vinieron únicamente a hacer el bien, sean siempre objeto de explotación por parte de quienes no logran captar su espíritu y causan más daño que bien. La adhesión formal a cualquier organización religiosa vincula a una persona únicamente con dicha organización, y en absoluto con el profeta cuyo nombre reivindica. Ninguna institución religiosa a lo largo de la historia se ha mantenido totalmente fiel al profeta cuyo nombre adopta, cuya palabra predica y cuya ética inculca. Un profeta religioso es objeto de burla, no de honor, cuando sus seguidores pronuncian su nombre de boquilla y eluden su ejemplo. Ninguna iglesia es el cuerpo místico de ningún profeta. Todas las iglesias son, al fin y al cabo, meras sociedades humanas, y adolecen de las debilidades y el egoísmo, los errores y las equivocaciones, inseparables de tales sociedades. Es un hecho histórico que, allí donde la influencia religiosa sobre la sociedad ha engendrado los males del fanatismo, la estrechez de miras, la intolerancia, la superstición y el atraso, su presencia puede atribuirse a los miembros profesionales y a las instituciones monásticas de esa religión. El clero, tal y como lo he observado en ciertos países orientales y occidentales, suele ser ignorante y, en general, arrogante. En el mundo se puede dividir a los clérigos y sacerdotes en dos categorías: los que son meros titulares de un puesto de trabajo y los que son verdaderos ministros de la religión.

La única forma de conservar la Fe es regenerarla. El «cristianismo de salón» debe convertirse en cristianismo. Su fracaso quedó patente durante la guerra, cuando se dio una situación en la que los supuestos seguidores japoneses del Buda, portador de la paz, sembraron el asesinato y el saqueo por toda Asia, y los supuestos seguidores alemanes de Jesús, portador del amor, sembraron el odio y la agresión por toda Europa, en algunos casos con la autorización y bajo la bendición de sus sacerdotes locales y sumos sacerdotes nacionales, y en todos los casos sin una protesta firme ni una oposición resuelta, con todo el peso de su influencia organizativa, contra tal traición a lo que tanto Buda como Jesús representaban. Aquí la historia no hace más que repetirse. No fueron los ateos quienes crucificaron a Jesús, sino los sacerdotes. No fueron los ateos quienes expulsaron el budismo de la India, sino los sacerdotes.

La gente se deja engañar fácilmente por la envergadura que han alcanzado las religiones, hasta el punto de creer que han alcanzado una estabilidad segura. Una institución que ha alcanzado un gran tamaño no tiene por qué haber alcanzado un gran éxito. Es necesario mirar más allá de la ilusión de las cifras y de la apariencia de popularidad. La degeneración espiritual y la decadencia siguen siendo lo que son, aunque se extiendan entre millones de personas. Cuando intentamos comprender las causas de tal desintegración, llegamos inevitablemente a la conclusión de que una religión mal entendida y mal expuesta genera desconfianza, se aprovecha de la ignorancia y perturba a la sociedad. ¿Cómo llega entonces la gente corriente a sus conclusiones sobre una religión? Lo hace a través de la orientación de los exponentes oficiales. Por lo tanto, estos últimos asumen una responsabilidad mayor en la caída de su propia fe de lo que suelen darse cuenta. A menudo han invocado el juicio de Dios sobre los demás; ¿se han fijado alguna vez en cómo la historia ha invocado el juicio de Dios sobre ellos? En la medida en que la misión de una institución consista en asumir el austero papel de un profeta y poner el resplandeciente mensaje de tal ser humano a disposición de la gente sencilla y trabajadora, en la medida en que su presencia en la sociedad actúe como freno al carácter humano —que, de otro modo, degeneraría y permitiría que surgieran males más graves que los existentes—, posee algo que el pueblo necesita profundamente; tiene un servicio de lo más valioso que prestar, por el que debe seguir existiendo, y puede enfrentarse a sus críticos con la misma indiferencia con la que Jesús se enfrentó a sus perseguidores. Pero en la medida en que la institución ha llegado a significar algo radicalmente diferente, o se ha convertido en un medio profesional de subsistencia para ciertos individuos, simplemente al sentarlos en la cátedra de la santidad, o se ha asociado a dogmas sin sentido que ofenden la inteligencia humana, se ha convertido sin duda en algo tan poco cristiano e inútil que la continua caída de su influencia no debería sorprender a nadie.

Jesús habría sido el primero en percibir que el amor que exigía a sus seguidores era, en esencia, el mismo que la compasión que Buda exigía a los suyos. Sin embargo, los religiosos —ya sea por desconocimiento o por tener una visión sesgada— tratan de desacreditar las enseñanzas orientales demostrando la supuesta superioridad de las occidentales, ¡como si el propio Jesús no fuera oriental! El verdadero secreto de este intento de clasificar a Jesús entre las razas occidentales es que ellos mismos son occidentales: en resumen, es el dominio de sus egos lo que conduce a la confusión en sus conceptos.

Lo que más nos conmueve es la ausencia de compasión, de amor en el sentido cristiano más amplio, hacia todos aquellos que se encuentran fuera de cada pequeña secta. Y es que la diferencia insalvable entre la noble bondad que predicó Jesús y la mezquindad que practican los miembros de las sectas en su nombre es algo que entristece el corazón.

Es posible que el pastor de una iglesia ortodoxa sea una persona verdaderamente iluminada. Entonces, cabe preguntarse: ¿cómo puede alguien así conciliar la Verdad abstracta de la filosofía con la creencia popular en la divinidad de Jesús? Una respuesta podría ser que, en privado, interpreta la «divinidad» de una manera especial, pero que, en público, se adhiere a la interpretación ortodoxa, debido a lo que él considera la necesidad de utilizar los mejores medios disponibles para acercar a la humanidad a la Realidad Espiritual. Exteriormente, podría optar por presentarse como representante de, por ejemplo, la Iglesia de Inglaterra.

La historia ha demostrado que el institucionalismo religioso monopolístico cae invariablemente en la degeneración espiritual y desemboca inevitablemente en la tiranía intelectual. El establecimiento de un gobierno autocrático, de la autoridad episcopal y de un clero profesional va seguido, tarde o temprano, de una serie de corrupciones y abusos. Jesús denunció las instituciones religiosas y la jerarquía religiosa de su época y alejó a sus seguidores de ellas. Sin embargo, apenas había abandonado esta tierra cuando ellos comenzaron, en su retorno atávico a las ideas tradicionales, a volver a crear nuevas instituciones y una nueva jerarquía. Si se pregunta por qué quienes creen en un maestro espiritual que conoce lo perjudicial de estas ideas no le hacen caso, la respuesta es, en primer lugar, que puede existir la creencia pero no el entendimiento y, en segundo lugar, que el egoísmo innato de los seres humanos encuentra en tales ideas una oportunidad demasiado fácil de explotación como para no caer en la tentación de propagarlas. Si la verdad de cualquier religión estuviera realmente clara para la gente, todas las amargas controversias y sangrientas persecuciones de la historia no habrían tenido lugar, y nunca se habrían escrito los innumerables comentarios teológicos para demostrar lo que era tan claramente evidente.

La estrecha relación entre las nuevas religiones y las antiguas aún puede apreciarse fácilmente en Asia, donde los vestigios de estas últimas siguen prosperando junto a las primeras entre las tribus aborígenes. También puede apreciarse en el Egipto y la Etiopía africanos, en tierras aún más accesibles para el estudioso occidental de la arqueología teológica, para cualquiera que se anime a adentrarse en las iglesias coptas y a examinar la tradición copta. La encontrará en muchos de los aspectos externos y dogmas teóricos del sencillo culto primitivo del cristianismo copto, un culto cuyas ofrendas de incienso, misa sin pretensiones, música de címbalos y bendiciones sacerdotales están repletas de características que resultaban bastante familiares a los faraones. El cristianismo, que surgió en una región a medio camino entre Oriente y Occidente, se desplazó significativamente hacia el oeste en un primer momento y luego se extendió por Egipto, donde silenció los santuarios obsoletos más rápidamente que en cualquier otra tierra. De hecho, aunque el culto a Jesús triunfó tan rápidamente en esta colonia de Roma, no suplantó oficialmente el culto a Isis o a Júpiter hasta el reinado de Constantino, dos siglos y medio más tarde.

El hecho de que Jesús naciera en Oriente Próximo y no en el Lejano Oriente proporcionó a la religión que lleva su nombre una ventaja geográfica y una familiaridad histórica que ayudan a explicar por qué el budismo y el hinduismo se extendieron en todas las demás direcciones, excepto hacia Occidente. Y el hecho de que la mente euroamericana esté mucho más orientada hacia el exterior y mucho más apegada a la personalidad que la mente tropical-asiática explica por qué el cristianismo tenía mucha más afinidad con la primera y resultaba más atractivo para ella.

El espectáculo de tantas sectas, hostiles entre sí, que enseñaban dogmas que Jesús nunca había enseñado, suscitó preguntas incisivas en la mente de muchos orientales que me hablaron sobre el tema.

Es poco probable que las ideas orientales sobre el objetivo espiritual y los métodos de práctica espiritual, tal y como aparecen en la mayoría de las sectas budistas y en muchas hindúes, resulten atractivas para los buscadores occidentales.

Y es que estas ideas buscan la disolución de la personalidad humana, ya sea mediante la fusión en una Unidad inconcebible o mediante la desaparición en un Nirvana indescriptible. Al igual que una ola que rompe se disuelve en el mar, o como una pequeña columna de humo que se desvanece en el aire, así también la vida humana, en su condición de entidad separada, entra en su estado definitivo. Pocos occidentales están dispuestos a renunciar a su propia identidad, a sacrificar su apego innato a la personalidad en aras de un objetivo tan vago —¡uno que, además, se asemeja demasiado a la aniquilación total como para que merezca la pena mover un dedo por él!—. Para la mayoría de los occidentales, resulta desagradable y aterrador anticipar un final así. ¿Quién sale ganando con este objetivo? El propio individuo, desde luego, no. La Unidad absoluta sigue siendo lo que era antes; por lo tanto, tampoco gana nada. Si nos preguntamos por qué este objetivo es aceptable para Oriente pero cuestionable para Occidente, la respuesta se encuentra en parte en la historia religiosa de este último. Al tratar de perpetuar por toda la eternidad la misma personalidad humana en el mundo espiritual, demasiados intérpretes eclesiásticos ortodoxos de las enseñanzas de Cristo las han malinterpretado. Pues Cristo enseñó en varias frases claras la renuncia al yo, la negación de la personalidad. Estos teólogos redujeron esta predicación a la práctica de la caridad y el altruismo, pero conservaron el ego como algo precioso, mientras que Jesús pedía no solo estas virtudes morales, sino la virtud metafísico-mística, infinitamente más importante, de erradicar el ego mismo. La mejora moral del carácter sustituye así a la destrucción metafísica del ego.

¿Acaso la sinagoga de Nazaret que expulsó a Jesús y la sinagoga de Ámsterdam que expulsó a Spinoza no son símbolos del fracaso de la religión oficial a la hora de elevarse por encima de su propio egoísmo y asumir su verdadera misión? ¿No son acaso un recordatorio de su bancarrota interna?

Los judíos, cuyos primeros profetas y videntes debieron de haber comprendido el significado del Espíritu puro, a quienes se les prohibió hacer imágenes talladas para sí mismos, han creado varias en la forma de la letra que ahoga el espíritu de su Torá, su Talmud, su Antiguo Testamento, sus tradiciones y costumbres. Todo ello, destinado a elevar y purificar, no solo no cumplió su propósito, sino que les impidió reconocer a Jesús por lo que era.

Si se va a impartir una religión concreta a los niños y jóvenes con fondos públicos, entonces deberían enseñarse igualmente todas las religiones representativas. Que forme parte de dicha educación conocer no solo la vida y las enseñanzas de Jesús, sino también las vidas y enseñanzas de Buda y Bahá'u'lláh, Krishna y Mahoma. Solo así se inculcará la religión en su pureza, y no en su corrupción. Solo así los jóvenes se liberarán de las disputas y los prejuicios creados y mantenidos vivos por los monopolios egoístas y los intereses creados que explotan la religión en beneficio propio.

En respuesta a la pregunta que a veces surge —si el aspirante podría seguir permaneciendo, sin hipocresía, en comunión con una ortodoxia como la de la Iglesia de Inglaterra, al tiempo que mantiene la visión filosófica de Jesús—, la respuesta es que, sin duda, podría hacerlo. No hay absolutamente ninguna necesidad de romper con la Iglesia ni de renunciar a los servicios de la religión institucional. La filosofía no se pronuncia en contra de estos aspectos, sino que deja totalmente en manos de cada individuo la decisión al respecto. La decisión debe depender de sus circunstancias, su temperamento, etc.

La filosofía se limita a afirmar que tales servicios no bastan por sí mismos para garantizar la iluminación en el caso del creyente, mientras que en el caso del escéptico son inútiles. Pueden tener su valor para un buen número de personas, y si alguien siente la necesidad de ellos o de la comunión religiosa, sería perfectamente lícito que continuara con ellos. Esto no debe interpretarse en absoluto como hipocresía o cobardía. Sin embargo, nadie debería actuar precipitadamente en un asunto tan vital. No solo debe considerar el efecto de tal acto sobre sí mismo, sino también sobre la comunidad que le rodea. Podría incluso darse el caso de que, aunque el servicio ya no le satisfaga personalmente, tenga que continuarlo con el fin de dar ejemplo a otras personas menos maduras que aún creen plenamente en él —puesto que piensan que reciben ayuda de él— y que se ven influidas por sus decisiones.

Su fundador dejó tras de sí una fuerza que fue, en parte, responsable de su amplia y profunda difusión. Este es el principio vivificador que subyace a la difusión de todas las religiones históricas, un principio cuyos resultados nos hacen exclamar, junto con Orígenes: «Es una obra mayor que cualquier obra del ser humano». Debemos considerar a los grandes fundadores, a los grandes salvadores religiosos de la raza humana, como Jesús y Buda, como instrumentos utilizados por lo divino. El centro individual de poder que cada uno de ellos dejó en nuestro planeta se prolongó mucho más allá de su muerte física, siguió respondiendo de forma beneficiosa a quienes confiaban en él, pero luego se fue desvaneciendo gradualmente y acabará por desaparecer una vez que haya concluido un período histórico. Ninguna religión organizada perdura jamás en su forma original durante más de un período limitado. Todas las grandes religiones de la Antigüedad más remota han perecido. Es cierto que los fundadores no eran seres humanos corrientes. Pertenecían a planos superiores de pensamiento y de existencia. Procedían de esferas de consciencia superiores a las de la humanidad promedio. Esto era sumamente excepcional, pero no los convierte en dioses. Tampoco nos justifica hoy en día vivir en el pasado y apoyarnos en lo que está desapareciendo. Pues, a pesar de todos los tropiezos y retrocesos, la humanidad está alcanzando ahora la madurez intelectual. Esta es una de las razones por las que ahora debe proporcionar sus propios maestros, debe reconocer y apreciar a sus propios sabios. Porque en la era venidera no cabe esperar más descendencias de esos seres superiores como los dos que acabamos de nombrar. No habrá otros Mesías que aquellos que podamos desarrollar de entre nosotros mismos.

¿Por qué se consideraba tan necesario en tiempos pasados mantener en secreto la verdadera naturaleza de la Divinidad? ¿Por qué las leyes religiosas hindúes amenazaban de muerte a los sacerdotes brahmanes si la revelaban, o castigaban a las castas inferiores, de piel más oscura, vertiéndoles aceite ardiente en los oídos por escuchar cualquier lectura en voz alta de los libros sagrados que contenían esta y otras revelaciones? ¿Por qué se advirtió a los hebreos que nunca pronunciaran el verdadero Nombre de Dios? Porque la mente común pronto confundiría la concepción filosófica de la Deidad con la atea, destruiría la religión y la sustituiría por un materialismo desalmado. Este temor, mal utilizado por intereses creados y egoístas, llevó a las autoridades a envenenar a Sócrates, crucificar a Jesús, decapitar a al-Hallaj, asesinar a Hipatia y dejar que Molinos se pudriera y muriera en el calabozo de una prisión. Si la prudencia aconsejaba a los supervivientes abstenerse de contar toda la verdad, había justificación suficiente. Pero ahora los tiempos son diferentes. Existe un fermento de cuestionamiento, debate, experimentación, rebelión, búsqueda, escritura, lectura y publicación en el mundo religioso, más débil en algunos lugares, más fuerte en otros.

Jesús y el desarrollo del cristianismo

Jesús, el primer y mejor cristiano, dio un ejemplo a seguir para todos los que más tarde se profesaron cristianos. No predicaba a cambio de una remuneración. No convirtió la religión en una profesión. Incluso dijo a aquellos a quienes envió como apóstoles que no llevaran bolsa [donde guardar el dinero]. Si, por tanto, queremos entender una de las razones por las que la Iglesia no le representa, aquí la tenemos. El apóstol Pablo fabricaba tiendas [carpas] para poder ganarse la vida mientras difundía el mensaje cristiano. Los maestros espirituales modernos no podrían hacer nada mejor que seguir este excelente ejemplo. Su enseñanza debería impartirse de forma gratuita. Por lo tanto, deberían ganarse la vida por sí mismos o disponer de sus propios recursos económicos. De este modo, el nuevo clero no trabajará por un salario, sino por amor. No percibirán ningún sueldo por su enseñanza y predicación, sino que obtendrán sus ingresos de su trabajo en el mundo. Al haber aprendido primero a ganarse la vida por sí mismos, no estarán en deuda con nadie, ni dependerán de ninguna organización, sino que tendrán la libertad de hablar tal y como el Espíritu de la Verdad les impulse a hacerlo. La vieja idea consistía en predicar y servir a costa de los fieles. La nueva idea impulsará al ministro religioso a predicar y servir por cuenta propia. Sin embargo, cuando la religión sea pura, no habrá clero profesional. Sus ministros tendrán entonces que ganarse el sustento de otra fuente. De este modo, podrán permanecer inmaculados en sus motivos e inspiración.

Cristo se dirigió al mundo romano y a algunas de las regiones del Oriente Próximo que por entonces formaban parte del Imperio Romano. Buda se dirigió a Asia. San Pablo y Timoteo sintieron que «el Espíritu Santo les prohibía predicar la Palabra en Asia». En resumen, el cristianismo es propio de Occidente, ya que su civilización surgió de la romana.

Existió una vez un cristianismo que fue condenado y olvidado por mucho tiempo, pero que está mucho más cerca de la verdadera enseñanza de Jesús al igual que está cerca de él en el tiempo. Nos referimos a la escuela de los gnósticos. Su derrota y desaparición no disminuye su verdad. Los cristianos gnósticos del siglo III aceptaban la preexistencia y los renacimientos terrenales del ser humano. Con esta doctrina vino naturalmente la ley de la recompensa [Ley del Karma], que advierte a los seres humanos que presten más atención a lo que piensan y hacen, porque los resultados volverán de manera equitativa y justa con el tiempo.

Cuando los seres humanos se convierten en esclavos de sus símbolos religiosos hasta el punto de estar dispuestos a asesinar a otros seres humanos por ellos, o siquiera a encarcelarlos, cuando esta esclavitud les ciega el buen juicio y los vuelve fanáticamente intolerantes con cualquier otro punto de vista, la Naturaleza considera que ha llegado el momento de liberar a ambos: a los primeros de su pecado, y a los segundos de su sufrimiento. Cuando los eclesiásticos se vuelven intolerantes y olvidan la primera virtud de toda religión —que es la buena voluntad hacia los seres humanos— y cuando comienzan a perseguir a seres humanos buenos que no pueden estar de acuerdo con ellos, no solo ponen en peligro a los demás, sino también a sí mismos. Jesús es una de las autoridades que respaldan esta afirmación, pues advirtió a toda la humanidad de que cosecharían las circunstancias sembradas por su conducta. Otra autoridad es el siempre abierto y manchado de sangre libro de la historia. Gran parte del verdadero cristianismo se consumió en los fuegos medievales que sus defensores más ardientes encendieron unos contra otros y contra aquellos infelices infieles que no sabían nada más de Cristo que su nombre.

Los cristianos que vivieron en la época más cercana a la de Jesús no establecieron dos categorías —los que vivían en el mundo y los que vivían apartados de él en apariencia—, considerando a los segundos como superiores. Fueron los monjes quienes más tarde establecieron esta división.

Cuando los romanos gobernaban, había pocos medios de comunicación, y aun así eran lentos y difíciles. Tampoco había periódicos ni libros impresos. El mensaje de Jesús se difundió a lo largo de las calzadas romanas, pero, aun así, tardó unos cientos de años en encontrarse con sus oyentes.

La figura de Jesús ha sido moldeada en forma de ficciones por sacerdotes crédulos, imaginativos o con intereses profesionales —ficciones que resultaban aceptables para el gusto de la posteridad, ávida de maravillas—. Pero ninguna maravilla podría ser mayor que lo que él enseñó: la entrada en el reino de los cielos, que no es otra cosa que un retorno consciente a la verdadera naturaleza del ser humano. Miles de teólogos han analizado minuciosamente su personalidad y han valorado el mérito de sus enseñanzas, pero la mayoría de ellos se han engañado a sí mismos, pues solo quienes han entrado en la órbita de un sabio vivo pueden llegar a comprenderlo a él o a sus palabras en su significado más auténtico. Jesús dejó una huella en la vida espiritual de Occidente, pero esa huella nunca se ha evaluado adecuadamente, ya que no puede percibirse a la luz de la organización eclesiástica, sino en otro lugar: en el corazón de los seres humanos. Aunque no pertenecía propiamente a nuestro propio planeta, nos dio la rotunda seguridad de que también nosotros podríamos alcanzar su realización y su logro; que también nosotros podríamos descubrir nuestro verdadero yo y entrar en la Luz. Los profesores vienen y escriben sus notas académicas al pie de su obra, pero hay que verlo tal y como fue: no como el organizador de una Iglesia, sino como el sembrador de semillas vivas e invisibles que germinaron, a su manera especial, en la naturaleza del ser humano occidental. No debía ni exigía lealtad a ninguna secta o escuela en particular, y no rendía vasallaje a ningún maestro terrenal. Destacaba únicamente bajo la luz auroral de la divinidad que resplandecía sobre su

vida. Descendió como un ángel para morar en el tabernáculo de carne en una época en que la vida religiosa no era más que una vela que se consumía.

La mayoría de las iglesias y sectas cristianas han reivindicado un monopolio espiritual. El fundamento principal de esta afirmación es el versículo 16 del capítulo 3 del Evangelio de Juan, donde el evangelista dice que Jesús es «el Hijo unigénito de Dios». Pero en ninguna parte del Nuevo Testamento el propio Jesús hace esa misma afirmación. Al contrario, se esforzó por decir a los seres humanos: «Las obras que yo hago, vosotros también las haréis», negándose así a situarse en una categoría única, separada e inalcanzable, lo que haría imposible que otros seres humanos imitaran su ejemplo o esperaran alcanzar su nivel de comprensión.

La creencia (del cristianismo) de que Jesús fue creado de forma especial, como nadie lo ha sido antes ni lo ha sido desde entonces, es inaceptable. La creencia de que Jesús fue una de las grandes almas dotadas de un poder especial es tanto aceptable como razonable.

Lo primero que debe hacer la teología cristiana es separar las enseñanzas de Jesús de las de Pablo —lamentablemente canonizado—, quien ni siquiera llegó a conocerlo y que comenzó a organizar una Iglesia, a difundir una doctrina y a formular un ascetismo propio. Esto cobró fuerza y prevaleció durante demasiado tiempo, lo que constituyó la principal causa que impidió a la gente acceder al verdadero cristianismo.

Si Pablo no se hubiera dedicado a convertir el inspirador mensaje de Jesús «¡El Reino de los Cielos está dentro de vosotros!» —lo que significa que está dentro de vosotros AHORA MISMO— en un mensaje ascético de una guerra interminable contra el cuerpo carnal; si hubiera escuchado mejor y aprendido más de ese destello que iluminó su camino a Damasco, en lugar de volver a los sesgos y prejuicios de su naturaleza innata, quizá habría aportado a la historia una versión del cristianismo más elevada y menos judaica.

Algunas de las afirmaciones de San Pablo se sitúan en un plano religioso y son muy cuestionables; otras, en un plano místico, son representativas de su propia experiencia, pero no de la experiencia general; mientras que otras, en el plano filosófico, como en su comentario a los griegos sobre el Dios desconocido, resultan bastante confusas. Sin embargo, a pesar de ello, se le utilizó para difundir el cristianismo, debido a su ferviente temperamento misionero; y así, sus predicaciones resultaron en su mayor parte eficaces y útiles para la causa, aunque al final condujeran a una vasta organización que Jesús nunca mencionó, deseó ni sugirió ni una sola vez.

Hay que decir, y decirlo sin rodeos, que el mundo occidental y el mundo oriental habrían tenido una historia mejor, y que el cristianismo habría tenido unos cimientos más sólidos —por ser más veraces— si San Pablo nunca se hubiera convertido y hubiera seguido siendo judío. Porque la visión que tuvo en el camino a Damasco, aunque auténtica, fue totalmente malinterpretada. Se trataba de una orden (de dejar de perseguir a los cristianos) de carácter exclusivamente personal; pero él fue mucho más allá y no solo inició la construcción de una nueva religión del mundo, sino que desplazó su énfasis de donde Jesús lo había situado (el reino de los cielos dentro de los seres humanos) hacia el propio Jesús, de la fe en la consciencia crística a la fe en un cadáver crucificado.

Cuando la religión pura descienda a la tierra y se abra paso entre los seres humanos, sucederán dos cosas: disipará la falsa creencia del pueblo de que ya la posee, y se enfrentará a la oposición de las instituciones religiosas que pretenden representarla. Fue San Pablo quien encaminó al cristianismo por la senda que lo convirtió en «iglesianismo». Pero él obtuvo su conocimiento cristiano de segunda mano. Sabía menos sobre la obra que Jesús pretendía realizar en esta tierra que sobre la obra que él mismo pretendía llevar a cabo. Es el verdadero fundador de la Iglesia cristiana, su primer gran difusor, pero no es el intérprete más fiel del mensaje de Jesús. Es el interés personal de la Iglesia, por muy inconscientemente presente que esté, lo que ha convertido al apóstol Pablo en el maestro cristiano más alabado y en el más mencionado en todos los sermones y escritos del clero. Al no haber conocido nunca a Jesús, no se le debe culpar por no haber comprendido plenamente sus enseñanzas. Las graves consecuencias de este malentendido se manifestaron más tarde en forma de obstáculos que se interpusieron entre Jesús y su verdadera obra, y que lograron desviarla y distorsionarla. Esos obstáculos fueron la organización, el dogma, la jerarquía y el literalismo. Mientras Jesús intentaba crear individuos cristianos, San Pablo intentaba crear grupos cristianos. Esto abrió la puerta a la hipocresía, el externalismo, el materialismo, el ritualismo, el clericalismo, la persecución y el deterioro. El reino de los cielos realizable en el interior del ser humano tuvo que ceder el paso a un reino de Dios irrealizable en la tierra. El camino de vuelta a la verdadera religión debe, por lo tanto, pasar por un nuevo comienzo con ideas nuevas y un enfoque renovado a través del autodesarrollo individual.

Hay varios asuntos que no se tratan en las enseñanzas personales de Jesús. ¿No es, pues, adecuado considerarlos dentro del espíritu general de su enseñanza? Y cuando solo hay una única mención incierta de un tema de este tipo, ¿no es más seguro interpretarla a la luz de ese mismo espíritu interno, en lugar de hacerlo según la letra de la mera lógica externa? Si

lo hacemos así, nos resultará imposible dar a la palabra «iglesia» el significado que la mente materialista le ha atribuido históricamente. La verdadera iglesia cristiana era invisible.

Cuando los seguidores de la religión se den cuenta de que las palabras sencillas y elocuentes de Jesús son más importantes para ellos que sus actos, carentes de fundamento histórico y de menor relevancia, y cuando empiecen a profundizar en la experiencia mística interior que se plasma en esas palabras, tanto ellos como su causa saldrán muy beneficiados, mientras que las disensiones y los cismas, la rivalidad y las disputas entre sus iglesias irán disminuyendo.

Si las enseñanzas de Jesús, por ejemplo, se interpretaran correctamente, si las enseñanzas de las iglesias que utilizan su nombre se liberaran de las adiciones ignorantes y de los materialismos encubiertos que él nunca enseñó, los pueblos occidentales recibirían entonces una ayuda tan eficaz de su religión que esta experimentaría un renacimiento intelectual.

Una vez me adentré en el gueto de Venecia de antes de la guerra —un barrio pequeño y poco acogedor donde, según la ley, antes se obligaba a vivir a los judíos, y donde aún residían unos pocos porque eran demasiado pobres para vivir en un lugar mejor—. Pensé en esta raza oscura, en su larga y dolorosa historia, y me vinieron a la memoria las palabras de Charles Lamb: «El judío es un vestigio obstinado de la antigüedad, en comparación con el cual Stonehenge parecía casi nuevo» Vi al judío errante deambulando a trompicones a lo largo de los siglos. Reflexioné sobre su significado. Y estos fueron mis pensamientos: >

>No pudieron escapar del todo a su extraño destino, que los sacó de su tierra natal y los obligó a vagar por medio mundo. Fue su propio conservadurismo obstinado lo que los llevó entre pueblos extraños, aferrándose aún con fuerza a su propio credo desgastado y no como misioneros del desarrollo más elevado que Jesús le había dado. Así, en lugar de aportar luz, como podrían haber hecho si hubieran respondido a la llamada sagrada, se limitaron a aportar bienes materiales, pues su cosmopolitismo encontró su máximo esplendor en la creación y financiación del comercio de importación y exportación de muchos países. >

>De una manera curiosamente distorsionada y obviamente inferior, los judíos han desempeñado un papel histórico que es un reflejo indirecto del papel más elevado que podrían haber desempeñado como la primera nación totalmente cristiana. Llevaron bienes terrenales a las diferentes naciones cuando podrían haber llevado ideas no terrenales. >

>La legendaria historia del judío errante tiene un profundo significado esotérico. Incluso la afirmación judía de ser una raza elegida posee también un significado similar, aunque sea uno que los propios judíos no han logrado comprender. Si ya no son una raza elegida, les corresponde a ellos reflexionar sobre por qué es así. >

>Los más cultos entre los primeros cristianos comprendieron que el Yo Superior —a quien llamaban Cristo— era el verdadero objeto de su adoración, la meta última de su búsqueda mística, y que Jesús, el hombre, no era más que su Voz, como aquellas otras voces con las que la Palabra rompe su silencio de tanto en tanto para guiar a la humanidad desorientada.

Toda la trayectoria de la práctica cristiana se ha visto afectada por la interpretación errónea del llamamiento al arrepentimiento lanzado por Juan el Bautista y, más tarde, por el propio Jesús, al considerarlo únicamente un llamamiento a la penitencia ascética. Aunque incluía eso, el énfasis no estaba en absoluto ahí. Significaba, en cambio, no solo un cambio de mentalidad —como Melanchthon demostró a Lutero—, sino también «experimentar una nueva consciencia». Miraba hacia adelante, hacia la entrada en un estado superior, y no hacia atrás, hacia los pecados del pasado.

Juan el Bautista, el precursor de Jesús

El desierto ha dado a la humanidad algunos de sus más grandes profetas. De entre su soledad surgió un ser humano de aspecto salvaje, ataviado con una tosca faja de pelo de camello. Se alimentaba de langostas y miel silvestre, aunque ayunaba a menudo. Recorría las ciudades de Judea, orando, exhortando al arrepentimiento, denunciando la maldad y anunciando el Advenimiento. Ese hombre era Juan el Bautista.

«Yo, en verdad, os bautizo con agua para el arrepentimiento; pero el que viene después de mí, cuyo calzado no soy digno de llevar, es más poderoso que yo: él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego». —Mateo 3:11. >

>El agua se ha utilizado universalmente en la literatura sagrada como símbolo de la naturaleza emocional del ser humano. El carácter fluido de ambos elementos es la razón del uso de este símbolo. Lo que Juan denominó «bautismo con agua» significa, por lo tanto, una purificación del dominio de las pasiones, los deseos y los apetitos animales. Consideremos además que el agua tiende siempre a fluir hacia abajo, obedeciendo a la ley de la gravedad, y observemos entonces el llamativo contraste con la tendencia del fuego, cuyas chispas siempre se elevan hacia arriba. El «bautismo por fuego», por lo tanto, se refiere a un proceso en un nivel completamente superior, no a una purificación meramente negativa, sino a una iluminación positiva. La luz es uno de los efectos del fuego. La labor de Juan el Bautista consistía en allanar el camino

para Jesús, el portador de la luz, una preparación que no solo era externa y anunciadora, sino también interna y purificadora. Juan reunió «seguidores» para Jesús; se trataba de las masas que buscaban ayuda física y consuelo emocional en sus tribulaciones y enfermedades. Pero Jesús, cuando vino en persona, no solo reunió a todos esos seguidores, sino que también reunió a «discípulos»; estos eran aquellos que no tenían necesidad de buscar tal ayuda y consuelo, sino que se sentían atraídos por el Espíritu mismo, tal y como resplandecía a través de Jesús. Eran los pocos que recibieron el bautismo de fuego y por el Espíritu Santo. Muchas personas se convirtieron en seguidores, pero pocas en discípulos. >

>Existe, además, una diferencia entre el bautismo por el Espíritu Santo y el bautismo por fuego. El bautismo por el Espíritu Santo despierta y activa las potencialidades de la fuerza vital dinámica, elevando su intensidad muy por encima de lo habitual. Este proceso suele ir acompañado de emociones intensas o estados místicos de éxtasis. Representa el primer despertar en el plano espiritual, a medida que se filtra a través de la naturaleza emocional parcialmente purificada. El bautismo de fuego representa la siguiente y más elevada etapa tras este acontecimiento, cuando la emoción del nuevo nacimiento ha remitido y, en un estado más tranquilo y estable, la propia inteligencia se ilumina además de los sentimientos, logrando así un equilibrio entre ambos.